



La Legenda   
de los Cinco Trillos™

# La maldición del Honor

¿ENCONTRARÁ LA GLORIA  
ENTRE LAS RUINAS?

DAVID ANNANDALE

minotauro



*La* MALDICIÓN  
*del* HONOR

DAVID ANNANDALE

minotauro

Título: *La maldición del honor*

Copyright © 2021 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos. Legend of the five rings y el logotipo de FFG son marcas comerciales de Asmodee Group y / o sus afiliados.

Versión original inglesa publicada en 2020 por Aconyte Books

Título original: *Curse of Honor*

Ilustración de la cubierta: Nathan Elmer

Ilustrador del mapa de Rokugan: Francesca Baerald

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2021 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

© Traducción: Daniel Casado

Edición revisada por: María Ríos

ISBN: 978-84-450-0814-0

Depósito legal: B. 13.931-2021

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Web: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

## CAPÍTULO 1

Sobre las cimas de las montañas, Haru vislumbró cómo el invierno se cernía sobre ellos y supo que aquel día se sumaría a su retahíla de fracasos.

Hida no Kakeguchi Haru había vuelto la mirada al norte para comprobar el progreso de la caravana de mercaderes. La ladera que había escogido para atravesar las Montañas del Crepúsculo era muy escarpada en aquel punto, y la hilera de carros se extendía más de lo que hubiera deseado según los caballos se esforzaban por remolcar los abarrotados carros cuesta arriba. Al principio solo sentía una simple molestia: todo lo relacionado con aquel viaje estaba tomando más tiempo del que había planeado, y, con cada día que pasaba, Haru se sentía más avergonzado al pensar que la fecha de su retorno al Castillo del Alba era algo que distaba mucho de lo que había prometido.

Pero luego había visto las nubes. Nubes densas, de un color plateado cargado de peligro, que parecían ser olas que arremetían contra las montañas. Haru no había visto nunca la línea que separaba las estaciones, pero supo que aquello era lo que veía en aquel momento. Las nubes trazaban una barrera entre el cielo y la tierra. Cuando esta pasara sobre su cabeza, lo privaría de la luz y la calidez del sol. Y, entonces, la perdición blanca caería del cielo. Ya en aquellos momentos, el viento del norte era cada vez más frío. Haru sentía como se colaba por las uniones de su armadura y como lo azotaba en la nuca. No tardaría demasiado en comenzar a entumecerlos.

Una masa de nubes se aproximaba con lentitud, como la proa

de un barco que desplegab a una estela de frío tras de sí. Era la representación de lo inevitable. La revelación de su fracaso.

La caravana había partido de las Tierras Estivales hacía más de una semana y aún les quedaba casi un día de distancia para llegar al Castillo del Alba. Un día de distancia si no hacía mal tiempo. Y ya era la hora del caballo.

—¿Cree que llegaremos al Castillo del Alba antes de la tormenta, teniente Haru? —preguntó Chen, el líder de los mercaderes, quien también había visto las nubes.

El hombre de cabellos grises estaba sentado en su carro, así las riendas con firmeza y miraba a Haru con esa expresión que el mercader creía que era de comedido recato, pero que en realidad exudaba miedo y dependencia. Lo ponía de los nervios y constantemente debía esforzarse para esconder su desdén. Tan solo el hecho de oírlo hablar, con aquella voz áspera, como si tuviera que carraspear en cada momento, y con aquel timbre que casi podía considerarse un sollozo, le resultaba agotador.

—Pronto estaremos a salvo en el Castillo del Alba —contestó Haru.

Le fastidiaba tener que hablar con alguien de clase tan baja. Dirigirse a Chen suponía rebajarse, y Haru ya había tenido que rebajarse muchas veces en su vida. Sin embargo, tranquilizar a Chen era un mal necesario. El mercader estaba nervioso, y, si no eliminaba aquel problema de raíz, la inquietud del líder de la caravana se extendería a los demás miembros. Lo que Haru necesitaba por encima de todo era que los demás se concentraran en mantener el paso más rápido posible.

—No deberías dudar del éxito de este viaje —añadió Haru.

Chen puso los ojos como platos al darse cuenta del insulto que, sin querer, suponía su pregunta.

—Por supuesto. Tiene usted toda la razón, teniente Haru —dijo—. Le ruego que disculpe la torpeza de mi pregunta, no pretendía insinuar que dudo de usted.

Haru le dirigió una intensa y larga mirada y luego se volvió.

Ya lo había dicho todo. A partir de aquel momento, Chen le tendría más miedo a él que al invierno que se cernía sobre ellos. Durante un tiempo, al menos. Eso contendría la posibilidad de que cundiera el pánico entre los mercaderes.

O así sería siempre que el resto de la caravana mantuviera su vista al frente y no se fijara en lo que se les estaba acercando.

Ishiko cabalgaba al lado de Haru. Era la guardia más veterana del escuadrón de escolta que comandaba Haru. La armadura de Ishiko relucía menos que la suya y mostraba los estragos del viaje de forma más evidente. Debido a los cuidados que le daba cada mañana nada más levantarse, la armadura de Haru estaba impecable, aunque hubiese luchado en casi tantas batallas como Ishiko. Aun así, la comodidad con la que ella portaba su armadura, como si se tratase de una segunda piel —igual que Fujiki, Hino y Eikei, los otros *bushi* del escuadrón— no hacía más que acrecentar la inseguridad que sentía Haru. Si bien Ishiko nunca había actuado con rebeldía ni había discutido ninguna de sus órdenes, en más de una ocasión Haru había notado escepticismo detrás de su mirada neutral, fuera este real o no.

—Ya lo vio, ¿no? —preguntó Ishiko, señalando las nubes con un leve movimiento de cabeza.

—Por supuesto —contestó él.

—Nos alcanzará la nieve.

—Lo sé. Tendremos que marchar a través de la nieve hasta el Castillo del Alba —afirmó Haru con lo que pensó que era el grado adecuado de certeza y calma.

Sus nervios se aplacaron. Un retraso sería mucho menos importante que el logro de llevar la última caravana a su hogar, no antes del invierno, sino a través de este. Haru se imaginó cómo sería su llegada al castillo y la sensación de satisfacción que lo inundaría. Todo ello era algo bueno. Algo que necesitaba, y no solo por su propia autoestima. Liderar la caravana hasta el castillo haría que su madre lo viera con orgullo, seguramente. Como heredero de la *daimyō* Akemi, tenía que esforzarse por

demostrar que merecía serlo. Quizá entonces Barako lo vería con mejores ojos. Solo quizá.

Si era sincero, no sabía cuál de las dos cosas deseaba más.

—Se acerca terreno peligroso —dijo Ishiko—. Cruzarlo en medio de una tormenta de nieve nos costará muchísimo.

Haru pensó en lo que les esperaba. Ishiko tenía razón. La cresta a la que llegarían en breve estaba completamente expuesta a las inclemencias del tiempo. La esperanza de la gloria a la que se estaba aferrando pareció deslizarse entre sus dedos.

—Este viaje ha estado plagado de infortunios —dijo Haru, con un suspiro.

Varios días de lluvias copiosas habían provocado que se tropezaran una y otra vez con torrentes y desprendimientos en mitad del camino de la caravana.

—Una tromba de agua menos, un desprendimiento menos, y ya habríamos llegado al Castillo del Alba —siguió Haru.

—Hemos tenido que sortear muchos obstáculos —asintió Ishiko.

«¿Qué significa eso? ¿Me estás dando la razón? ¿O acaso es que todo lo que ha pasado se podía predecir y debería haber contado con que necesitaríamos más tiempo? ¿Quizá debería haber escogido otra ruta?», pensó para sí mismo. Había demasiadas posibilidades, y quizá todas fueran ciertas. O quizá las palabras de Ishiko no guardaban ningún significado oculto, y estaba escuchando las voces de su propia incertidumbre. Las escuchaba muy a menudo. En el mejor de los casos, eran lo bastante altas como para no poder ignorarlas.

«Las lluvias no fueron culpa mía. No pudimos haber ido más rápido. La tormenta no es culpa mía. Es el riesgo que atañe a la última caravana. Le podría haber pasado a cualquiera. Le podría haber pasado a Ochiba.»

Pero no le había pasado a la comandante del ejército del Castillo del Alba. Le estaba pasando a Haru. «Lo que importa es lo que hagas ahora», se dijo a sí mismo.

—Podríamos refugiarnos aquí —sugirió Ishiko.

Se encontraban en un amplio paso. La montaña que tenían a la derecha estaba a unos pocos cientos de metros y tenía múltiples salientes que les proporcionarían protección de la nieve y algo de refugio contra el viento.

—No hay nada lo suficientemente grande como para cubrir toda la caravana —contestó Haru, negando con la cabeza—. Tendríamos que separarnos y no quiero que nos quedemos atrapados aquí.

—¿Cree que nevará tanto como para bloquear el paso?

—Este no, pero más adelante hay algunos pasos mucho más estrechos. Y no podemos saber cuánto tiempo durará la tormenta.

—Tenemos provisiones más que de sobra, en el peor de los casos. Lo suficiente para sobrevivir varios días.

A Haru no le resultaba muy reconfortante la idea de permanecer asediados por la tormenta.

—Tenemos suficiente para alimentarnos, sí —le contestó—. Pero ¿tenemos suficiente para conservar el calor? Y si así fuera, ¿cuánto nos duraría? —Eran muchas las causas por las que una tormenta de nieve a aquella altitud podía llegar a ser letal, y el frío era la primera de ellas—. No nos arriesgaremos de ese modo. Seguiremos avanzando.

«Esta caravana es lo único que me confía mi madre. Me ha convertido en un guardaespaldas de mercaderes, pero ¿cómo puedo culparla? No merezco nada mejor. Menos aún si no puedo culminar este viaje.

»¿Qué pensaría Barako si nos viera ahora?» Pensar en la otra teniente de los Kakeguchi del Castillo del Alba le resultaba demasiado doloroso, así que intentó sacarlo de su mente.

«No fallaré. No puedo permitírmelo.»

—¿Dónde planea que paremos para pasar la noche? —preguntó Ishiko.

La intención original de Haru había sido la de continuar



avanzando durante todo el día, tanto como pudieran. Había guardado la esperanza de poder llegar al Castillo del Alba sin tener que pasar otra noche más en las montañas. Sabía que eso significaría seguir andando incluso después del anochecer, pero esperaba ahorrar el tiempo suficiente como para que no fuera necesario viajar de noche durante mucho tiempo.

«Eso esperabas. Pero ¿de verdad creías que era posible?»

»No lo pensé. Al menos no como debí haberlo hecho. Y ahora estamos como estamos.

»¿Dónde pasaremos la noche?» No tenía ninguna buena respuesta para eso. Ni siquiera podía estimar cuánto tiempo tenían hasta que la nieve les imposibilitara el avance.

—Seguiremos avanzando —insistió Haru, consciente de que se estaba repitiendo—. Seguiremos avanzando tanto como nos sea posible. Cuanto más avancemos, mejor —continuó, y su mirada se clavó en el horizonte, como si ya pudiera divisar su meta.

Las palabras le sonaron absurdas incluso a él. No importaba con cuánta firmeza hablara, su confianza en sí mismo no era más que una simple apariencia.

Ishiko se limitó a asentir sin decir nada. El teniente había dado sus órdenes, y había que obedecerlas.

Haru casi le preguntó qué haría ella en su lugar, pero su orgullo se lo impidió.

Así que cabalgaron en silencio.

Según empezaba la hora de la cabra, la caravana llegó a la cima del paso y prosiguió el viaje a través de una larga cresta que ascendía de manera gradual para luego descender en forma de arco durante unos pocos kilómetros, hasta convertirse en otro paso. La cresta era lo suficientemente ancha como para que tres personas cabalgaran una al lado de la otra sin mayor problema, siempre que el mal tiempo no fuera un impedimento. Haru ordenó cabalgar en fila. El viento soplaba cada vez con más fuerza, y la pendiente a ambos lados de la cresta era muy escarpada.

En lo alto, las nubes ya habían llegado. Formaban un escu-

do color gris oscuro que escondía el cielo. Haru clavó la mirada en ellas y les ordenó silenciosamente que le dieran un respiro, que el invierno se retrasara tan solo un día más.

Como respuesta, las nubes se burlaron de él. Media hora después de que el último caballo dejara la especie de refugio que representaba el paso, cayeron los primeros copos de nieve.

Al principio no caían demasiados. Los copos eran pequeños y ligeros, caían con suavidad, de forma inocua, y danzaban en el aire, sin ningún interés en llegar a tocar el suelo. Caían uno a uno sobre el brazo de Haru, donde permanecían un momento antes de derretirse. No representaban ninguna amenaza. De hecho, apenas se veían.

El aumento fue gradual. Los copos de nieve eran cada vez más numerosos e insistentes. El viento soplaba con más fuerza: sus ráfagas se convirtieron en ventiscas y Haru luchó contra ellas para permanecer firme en su montura según la tempestad se volvía más fuerte. La nieve ya no parecía danzar en el aire, sino que volaba contra su armadura como si lo hiciera a propósito. Aunque tenían la suerte de que el viento venía del norte y soplaba contra la caravana desde atrás, algunas ráfagas errantes empujaban la nieve contra su rostro con tanta fuerza que dolía. Algunos copos de nieve quedaron atrapados en sus pestañas y Haru los apartó con brusquedad, maldiciéndolos por nublar su visión.

—Está nevando —señaló Chen.

—Mercader —soltó Haru—, si solo vas a decir obviedades, será mejor que te calles.

La reprimenda hizo que Chen se encogiera sobre sí mismo, refugiándose en su capa como si quisiera desaparecer detrás de Ishiko.

El terreno rocoso empezó a cambiar del gris al blanco. Cuando ya habían atravesado media cresta, había suficiente nieve en el suelo como para que los caballos y los carros dejaran huellas tras de sí.

Haru volvió la mirada hacia Ishiko, quien estaba concentrada en el camino y cada cierto tiempo miraba hacia atrás para comprobar el curso de la caravana.

—Podremos con esto —dijo Haru, aunque ella no hubiera preguntado nada.

—Estamos en ello —asintió Ishiko.

«Por ahora», pensó Haru. «Eso es lo que estabas pensando, ¿verdad?»

El viento volvió a soplar con más fuerza. Les golpeó lo que parecía ser una ráfaga, pero esta no cesó. Haru volvió la vista atrás y alcanzó a ver a uno de los mercaderes, que guiaba un caballo, resbalar y caer. Eikei era quien estaba más cerca, por lo que cabalgó hasta el hombre y se quedó con él hasta que recuperó la estabilidad.

—Dentro de poco, la visibilidad supondrá un problema —afirmó Ishiko.

—Lo sé —contestó él.

El paso que habían dejado atrás se había convertido en una silueta borrosa a lo lejos. Lo mismo ocurría con los picos que tenían delante. A izquierda y derecha, el paisaje estaba desapareciendo en el limbo. Si el temporal no empeoraba, la caravana tardaría casi una hora, como mínimo, en llegar al siguiente paso.

Solo si la nevada no empeoraba. Si lo hacía, y se hacía imposible ver por dónde iban, estarían atrapados a la intemperie.

—Deberíamos apresurar el paso —dijo Haru.

—No creo que sea posible. Ya llevamos mucho tiempo viajando sin descanso. Los *heimin* que van a pie no podrían ir más rápido, incluso si no nevara.

Haru casi insistió en hacer que los mercaderes fueran más deprisa. «Será mucho peor para ellos si no aceleramos el paso», pensó. La esperanza de llegar al Castillo del Alba se desvanecía con cada paso que daba. En aquel momento, Haru era consciente de que aquel día ya no tendría un buen desenlace. Sin embargo, quedarse atrapados en la cresta sería el peor posible.

«¿Y de quién es la culpa? Podrías haberte detenido cuando Ishiko sugirió encontrar refugio.

»Demasiado tarde para eso. Tenemos que seguir avanzando y salir de la cresta. No hay otra opción. Es eso o la muerte.»

—No vayamos más rápido —aceptó Haru—, pero tampoco más lento. No podemos parar. No hasta que salgamos de esta cresta.

A pesar de lo que acababa de decir, Haru alentó a su caballo a ir más deprisa. Si tan solo pudiese apremiar un poco más a los mercaderes... No tanto como para que fuera peligroso, sino solo lo suficiente como para llegar al siguiente paso. Chen se aseguraría de seguir el ritmo de Haru si veía que este aceleraba, y el resto de mercaderes seguiría su ejemplo.

«Y entonces, ¿qué? Si llegamos al paso, ¿qué haremos entonces?»

No tenía respuesta para eso, por lo que intentó apartar la pregunta de su mente. La nieve lo obligaba a concentrarse en el presente. Ya tenía suficiente en la cabeza con tener que asegurarse de que tanto él como todos los que estaban a su cargo permanecían en el sendero que iba desapareciendo.

La luz también comenzó a fallarles. La tormenta declaró sus intenciones y clavó sus garras sobre las montañas. Las nubes descendieron y ocultaron las cimas, el viento aullaba cada vez más alto, y la nieve caía sin parar. El paso parecía desaparecer a lo lejos. El mundo alrededor de Haru se hacía más y más pequeño para solo dejar paso al gris, cubierto en parte por un blanco implacable y habitado por unas figuras difusas que podían ser o no reales. Aún podía ver por dónde iba, aunque tenía que entrecerrar los ojos para evitar la nieve que arremetía contra ellos. Sin embargo, ya no podía ver el final de la caravana.

—Tendremos que detenernos pronto —dijo Ishiko—, o acabaremos cayendo al vacío.

—Si nos detenemos aquí, moriremos —contestó Haru. «Más rápido. Solo un poco más rápido. Ya no debe faltar mucho.»

Haru intentó vislumbrar el paso, pero las cortinas de nieve se lo impedían. Entonces, oyó un grito.

Haru se volvió al instante. Unos cincuenta metros más atrás, uno de los caballos de carga había resbalado y caído. Relinchaba asustado, sacudía las patas sin control y pronto comenzó a deslizarse por la ladera. El mercader que lo llevaba había quedado atrapado en la cuerda que usaba para guiarlo y también había caído. El animal lo estaba arrastrando hacia el acantilado.

Eikei y Hino, que estaban cerca, saltaron de sus caballos y corrieron a ayudar. Hino agarró al mercader y tiró de él clavando sus talones en la nieve. Eikei cogió las riendas para intentar soltar las piernas del mercader.

La cresta era demasiado estrecha como para cabalgar más allá de los carros, por lo que Haru e Ishiko saltaron de sus monturas y corrieron a toda prisa, pero el manto de nieve que cubría el suelo era tal que ralentizaba su avance. Haru pisaba con cautela, consciente de lo mucho que tardaría en llegar al lugar del accidente.

El caballo pateaba salvajemente. Uno de sus cascos alcanzó a Eikei en la pechera y este cayó. Tanto él como el caballo se deslizaron aún más abajo, arrastrando al mercader tras ellos. Hino no pudo sujetarlos y ella también empezó a deslizarse cuesta abajo.